

# Editorial

"En América Latina la preocupación por proteger las instituciones cristianas ha corrompido las palabras por las que el cristianismo debe ser proclamado". J. L. Segundo

## RESCATAR LA PALABRA

"El prestigio del Vaticano no había sido nunca tan grande como ahora... Sin embargo... parece grave para la vida interior de la Iglesia el creciente desinterés manifestado por los católicos con respecto a lo que hace, dice o escribe el Vaticano". Estas palabras, en crónica de J. Duquesne desde Roma (El Universal, 19-3-73), ¿son válidas a nivel latinoamericano y a nivel venezolano?

Nunca en la historia venezolana la Iglesia ha sido tan respetada y apreciada como en los últimos 15 años. Tal vez nunca los Obispos y Sacerdotes en Venezuela han hecho tanto esfuerzo por acomodarse a las exigencias de los nuevos tiempos. ¿Corresponde a este prestigio y a este esfuerzo la adhesión interna de la Iglesia? Nos parece que estamos ante un serio problema de comunicación.

No pretendemos dar lecciones. Menos aún echar piedras en el tejado ajeno. Queremos hacer un humilde examen de conciencia.

La Iglesia proclama la palabra. Pero proclamar la palabra no es decirlo sino comunicarlo. Un ejemplo, bien simple, entre muchos posibles: Cuando la Iglesia habla de José Gregorio Hernández como siervo de Dios o posible santo canonizado quiere presentar un modelo de hombre de fe y de profesional al servicio de los pobres. Pero nuestro pueblo lo entiende, a veces, como un espíritu o una divinidad o un héroe cultural, según su sustrato cultural religioso.

La palabra siempre es un riesgo. Hay palabras vacías. Hay palabras deformadoras de la realidad. ¿Cuál es la palabra que debe decir la Iglesia hoy para comunicarla?

La respuesta nos la debe dar no tanto la verdad, que necesita de palabras para ser expresada, cuanto el destinatario, que también necesita de palabras (tal vez distintas) para acercarse a la verdad.

### LA PASTORAL ES PEDAGOGIA

La preocupación más consistente de la Iglesia, a lo largo de sus Concilios, ha sido la de definir con nitidez los bordes conceptuales de la ortodoxia. Solo en el Vaticano II prevaleció la preocupación por comunicarse, aun con los que están fuera de los bordes de la ortodoxia, sobre la preocupación de decir la verdad.

La verdad dicha por la Iglesia ha sido, por lo general, aprendida por nuestro pueblo. Pero reinterpretada según los significados de las estructuras de religiosidad previas. Pocas veces ha sido comprendida. Era una teología dicha en latín y reinterpretada en Latinoamérica.

Hay también una nueva teología que ha sido dicha en alemán, en francés, en inglés... en holandés. Es una teología de minorías elitescas. Minorías europeas o europeizadas, con tentaciones de secta, de peuos, de "cátaros".

Un error común de las "dos teologías" puede ser el entender a la Iglesia como un "en sí" de verdad y de bondad. La Iglesia no es una esencia ontológica. Ni la tradicional de cristiandad ni la de minorías elitescas. La Iglesia va siendo respuesta a la Palabra desde su ser histórico. Pueblo de Dios en marcha. Y ese pueblo tiene su propio lenguaje.

### PARTIENDO DEL PUEBLO

España, África Occidental y América, en su abrazo cultural dijeron sí a la Palabra que se hizo carne. Hubo mucho de interés y de interés, como hubo mucho de desinterés, en la concepción de este sí a la Palabra. Lo cierto es que nació la "Nueva Cristiandad Colonial", distinta de la "Cristiandad Europea Medieval" y de la "Nueva Cristiandad", propuesta por Maritain.

El catolicismo popular español y las estructuras religiosas africanas y autóctonas que lo reinterpretaron dieron nacimiento al catolicismo popular latinoamericano. Sociólogos, antropólogos, sicólogos, historiadores, políticos y pastoralistas, todos los interesados en la identidad y en la realización propia tanto de todo el continente como de los diversos países y de cada individuo, no pueden ignorar esta realidad básica de nuestro ser latinoamericano.

Nuestro catolicismo popular es una religión sentimental, con un gran sentido de dependencia y confianza en Dios más que una cosmovisión filosófica o un sistema normativo. Dios está cercano. Se alude a El con frecuencia y se acude a El confiada y utilitariamente. Pero, a la vez, es un Dios lejano "milagroso y castigador". El fatalismo religioso ve en el destino la otra cara de Dios. El ateísmo ni se plantea como problema, aunque se echen por la borda las prácticas religiosas y se critique a la Iglesia. Es un cristianismo itinerante de peregrinaciones y promesas. El culto público tiene más de mercado espiritual que de expresión comunitaria. La brujería se desprecia, pero se acude a ella. El bautismo y la confirmación tienen mucho de actos mágicos para que no le suceda al niño nada malo. La confesión y la comunión tienen escasa relevancia. La Primera Comunión es un "rito de pasaje". Se le tiene miedo al matrimonio religioso no solo por los gastos económicos que supone sino también porque da menos garantías de fidelidad o porque resulta "pavoso". Hay una idea vaga, y más tabúica que religiosa, del pecado. La religión y la moral van por caminos distintos.

### FALSO DILEMA

Frente a la religiosidad de la masa hay una espiritualidad de las élites. O mejor, diversas espiritualidades de élites. Sean éstas de neocatolicismo burgués o de neocatolicismo revolucionario (con perdón de las palabras tan poco simpáticas), sea que busquen la verticalidad o la horizontalidad, se encuentran en un callejón sin salida cuando toman actitudes de sectas de puros, con desprecio o compasión por los que no son cristianos "auténticos" como ellos.

Resulta falso el dilema de pastoral de élites o pastoral de masas.

La Iglesia no puede quedarse con una pastoral de masas que atienda a "lo que viene", que fomente actos devocionales masivos "para mantener la religión del pueblo". Sería una "pastoral del conformismo", que diluye la fe y el mensaje evangélico y que

En esta breve descripción, sin duda incompleta, la Palabra está muy oscurecida. Aun una visión más optimista del catolicismo popular tendrá que reconocer ese oscurecimiento. Pero también hay que reconocer que en la religiosidad de nuestro pueblo hay valores muy positivos, sobre todo potencialmente positivos. Su agudo sentido de lo sagrado y su capacidad de oración absorta y contemplativa pueden convertirse en profunda motivación de su quehacer profano. Su capacidad de sufrimiento y de una vida dura resignadamente ofrecida a Dios es un inmenso potencial para superar las penalidades que exige la construcción de una sociedad más "cristiana". Su solidaridad que sabe compartir la miseria y las desgracias puede compartir proyectos de sustitución de una sociedad basada en el individualismo por otra basada en la solidaridad. Su sentido de la trascendencia puede relativizar cualquier logro y superar todo conformismo, atraído por la "utopía" del Reino de Dios, con su tensión de "ya, pero todavía no"...

es incapaz de crear comunidad y construir el mundo. Sería querer mantener una religiosidad condenada a desaparecer ante la secularización invasora.

Tampoco puede ser una "pastoral de tierra arrasada", que convierte a la Iglesia en sectas de élites, que abandona su vocación universal, que corta con las masas y las empuja a la superstición y a la magia.

Hay mucho de alienación en la religiosidad popular. También hay mucho de alienación en las minorías elitescas, sean éstas sectas de "auténticos" o grupos pastoralizantes, teologizantes o sociologizantes, cuando no asumen la religiosidad de su pueblo. Pero, sobre todo, hay mucho de alienación en la esquizofrenia de una fe que no asume la realización histórica de nuestro continente.

El problema fundamental de la Iglesia, en cuanto proclamadora de la Palabra y creadora de la Comunidad, es el de recuperar su carisma pastoral. Hoy la Iglesia como institución entusiasma poco a la religiosidad popular y tal vez menos a la espiritualidad elitesca.

Esta falta de entusiasmo no se puede separar de las críticas, tal vez exageradas, pero no carentes de fundamento: Una Iglesia demasiado instalada, más cercana al poderoso que al marginado. Una Iglesia más conforme al pasado que al futuro. Una Iglesia que ve más enemigos en los valores y grupos emergentes de dentro que en los decadentes que desde fuera la quieren condicionar. Una Iglesia más atenta a sus institucionalizaciones que a sus experiencias religiosas que buscan nuevas formas de expresión. Una Iglesia más preocupada por la ortodoxia que por la ortopraxis.

Tal vez hemos leído demasiados libros europeos. Ciertamente hemos leído muy poco en el corazón del pueblo. Y de ahí es de donde tiene que nacer la pastoral. La pastoral es pedagogía. Del ser al deber ser. Del ritualismo al Evangelio. Del devocionalismo individualista al culto como expresión de una realización social de la fe. Del sentido popular de la resignación a la esperanza cristiana que lleva al compromiso y lo sostiene. De la sujeción a los espíritus a la inhabitación divina. De los sacrificios materiales y externos a la realización de la Eucaristía. De la religiosidad a la fe.

Y todo esto, en el colosal reto a nuestra América cristiana que busca su propia identidad, liberada de toda dependencia alienante.

Nuestra cultura ha producido demasiadas palabras. Nuestra Iglesia (y nosotros en ella) también. Nada más triste que la inflación de la palabra.

Cuando los hechos quedan cortos para las palabras, las palabras pierden credibilidad. Cuando las palabras quedan cortas para los hechos, las palabras arrastran como arrastró la Palabra que se hizo carne.

Revaluar la palabra. Rescatar la palabra. Tarea hermosa para la Iglesia Latinoamericana.